Fe Pastor, Marina. (2020). “Reseña de Pimentel, Luz Aurora. (2019). *Cuadros color de tiempo: Ensayos sobre Marcel Proust*. México: Bonilla Artigas Editores; Facultad de Filosofía y Letras, UNAM”. *Anuario de Letras Modernas*, 22, 105-108.
<https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.2019.22.1147>

Reseña de PIMENTEL, Luz Aurora. (2019). *Cuadros color de tiempo: Ensayos sobre Marcel Proust*. México: Bonilla Artigas Editores; Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Marina FE PASTOR
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

El tiempo comienza a tener aroma cuando adquiere una duración, cuando cobra una tensión narrativa o una tensión profunda, cuando gana en profundidad y amplitud, en espacio. El tiempo pierde el aroma cuando se despoja de cualquier estructura de sentido, de profundidad, cuando se atomiza o se aplan, se enflaquece o se acorta. Si se desprende totalmente del anclaje que le hace de sostén y de guía, queda abandonado. En cuanto pierde su soporte, se precipita. (p. 38)

—Byung- Chul Han, *El aroma del tiempo*

Tal vez la pregunta central que plantea *À la recherche du temps perdu* es qué es el tiempo y cómo puede recuperarse, si acaso eso fuera posible. El libro de Proust tiene que ver con el tiempo de una vida que se escribe con la intención de rescatar lo que se perdió de esa vida, no sólo recordando sino diciendo, recreando el pasado, para poder fijarlo, darle valor y peso, sabor y color. Pero hay que leer los seis libros anteriores hasta llegar al último, el del tiempo reencontrado, para leernos ahí, revelados, como en un espejo o un autorretrato. O al menos eso pretendía Marcel Proust.

El libro de Luz Aurora Pimentel —que como a Proust casi le toma una vida— también tiene que ver con el tiempo y todo lo que el tiempo colorea en esta obra: llamémosla novela. El de ella (como el de él) es un libro muy ambicioso, como ambiciosa es toda aquella que trate de leer, explicar y de alguna manera apropiarse de una obra de estas dimensiones. La primera parte, “Mosaicos”, se organiza en una serie de ensayos que tienen que ver con fragmentos y catedrales, éxtasis y arte, magdalenas y pepsinas, iglesias, caminos, ciudades imaginarias, una guerra, una pasarela. La segunda parte, “Proust y la estética impresionista”, habla de pintura, de música, de la imaginación, del mar, de la poesía de la luz y del color del tiempo. Y la tercera, “*terra incognita*: ‘la astucia aparente’ de las flores”, con la homosexualidad, la intertextualidad, el voyeurismo y las muchachas en flor.

Este libro deslumbrante trata de abarcar todo lo que tiene que ver con Proust. O casi. Y leer a Proust es un viaje largo y sinuoso, un viaje en el tiempo que exige mucho tiempo. En esta breve reseña trato solamente de dar cuenta, de manera fragmentada, de algunos comentarios que se refieren al tiempo, particularmente en las primeras páginas, “Palabras preliminares”, y el primer capítulo introductorio, “*En busca del tiempo perdido*: del mosaico y la pedacería a la catedral”. Este primer capítulo, indispensable, nos inicia, por así decirlo, a la lectura cuidadosa de *La Recherche* llevados de la mano por su autora. ¿Qué es entonces el tiempo para Proust? ¿Es el pasado o el presente? ¿O ese futuro, ya en la vejez, desde donde empieza la búsqueda de lo que se perdió? ¿Es movimiento, devenir constante, o la simultaneidad de todos los tiempos? ¿Es sólo el recuerdo de lo que fue, o la posibilidad de volver a vivirlo, de materializarlo, de decirlo?

Dice Pimentel en las “Palabras preliminares” (citando a Proust): “En Marcel Proust, el tiempo no es mero devenir, pues ‘una hora no es sólo una hora, es un vaso lleno de perfumes, de sonidos, de proyectos y de climas’. El tiempo en Proust es tanto la experiencia como la representación de la existencia simultánea en todos los tiempos, en todos los sentidos. Es un tiempo literalmente *encarnado*” (15). Tiempo encarnado, *in-corporado*, materializado, espacializado... así es como se manifiesta en la novela de Proust. Casi podríamos decir que cada episodio, cada descripción, cada personaje, cada lugar es una realización del tiempo, con forma, con materia, con olor y sabor y también color. ¿A qué sabe? ¿A la magdalena mojada en el té? ¿Y cómo atraviesa cada sentido —la vista (los paisajes, las pinturas, los salones), el oído, el tacto, el olfato—? “Tiempo-zancos, tiempo-cima, tiempo-cuerpo, pero también tiempo-piedra que se reblandece como la cera pues es un tiempo creador que ablanda incluso la piedra más dura, en el transcurso de los siglos, para crear las figuras más caprichosas” (15).

Ese mosaico de expresiones del tiempo, a lo largo del tiempo y el espacio, en los objetos y las personas, es lo que va pasando en cada libro, lo que se pierde, pero se recuerda gracias a la memoria involuntaria:

Muchas son las pérdidas de tiempo en el tiempo y por el tiempo. En primer lugar el inexorable devenir hace que el tiempo se fugue, se pierda en el pasado, pero no de manera irremediable, pues se recobra por el milagro de la *memoria involuntaria*, la cual, al abolir el intervalo que separa dos o más momentos de nuestra vida, opera la fusión de todos los tiempos y, aunque sea por un instante, nos permite concebirnos fuera del tiempo; nos da, por así decirlo, una probadita de eternidad. (27)

Un mosaico, una pedacería que a veces parece un caleidoscopio el cual, gracias al juego de la luz, despliega múltiples formas y colores. Una novela dividida en siete libros: *Bildungsroman* y *Künstlerroman* al mismo tiempo. ¿Es novela o ensayo, o lírica, o filosofía encarnada?, se pregunta Luz Aurora Pimentel. Digamos que novela: dividida, fragmentada, complicada, con aspiraciones de catedral.

Empero, en la indefinición genérica de esta gran obra se lee, como en un palimpsesto, la ambición megalómana de construir un mundo que lo contenga *todo*; se percibe,

además, una indecisión de escritura, una fragmentariedad y una heterogeneidad que aspiran, no sólo a lo contradictorio, sino a lo imposible: una *totalidad incompleta*. Como diría Proust: “¡Cuántas catedrales quedan inconclusas!” (26)

Pimentel propone dos dimensiones, o un doble movimiento de la novela: centrífugo y centrípeto. De búsqueda y exploración al mismo tiempo. “Recherche” en el sentido de búsqueda, de lo que se perdió en el tiempo, pero también de uno mismo, de algo así como la propia “esencia”. Y también “recherche” en el sentido de investigación: de un mundo, de una época, de una sociedad y sus cambios a lo largo de los años... de una sensibilidad, de la sexualidad, de las pasiones, de los celos, de la frivolidad de los salones, de la guerra, de la juventud y la vejez: “una subjetividad que se perfila gradualmente en la historia de un peregrinaje interior, por los caminos del tiempo, que habrá de llevar al narrador a la revelación final del sentido de su vida” (29).

Porque el tiempo, el recuerdo, la vida que se trata de recuperar gracias a la memoria, se manifiestan en la novela en la subjetividad, en la individualidad de Marcel, pero también en el mundo que lo rodea, la gente que forma parte de su realidad, los sentimientos, las impresiones, los amores, los celos, el deseo que provocan en él a lo largo del tiempo. ¿Todo perdido? ¿Todo olvidado? ¿Sólo fragmentos? Proust se pregunta cómo recobrar, cómo revivir lo que quedó atrás. “El proceso es extraordinariamente difícil: se insiste, de manera obsesiva, en el enorme esfuerzo espiritual por entender, por explicarse lo que se ha vivido. Hasta que finalmente llega la revelación: se rompe el sello del olvido de una etapa de la vida y vuelve con toda la fuerza de irradiación, de densidad y vivacidad, el recuerdo [...]” (51). Varias experiencias como la de la magdalena, la experiencia revelada y recuperada, lo mismo que la felicidad y el éxtasis que esto produce en Marcel, se suceden a lo largo de los libros, a lo largo de la vida del protagonista, conformando, como dice Pimentel, una serie (“cada una de ellas pasa por etapas idénticas, aunque los ritmos narrativos varíen”) (53). Pero es en el último libro donde “se multiplican estas experiencias de manera vertiginosa, en un *crescendo* emocional... casi como una apoteosis sinfónica” (54).

Pero entonces qué se puede hacer; ¿cómo no volver a perder esos momentos felices de la experiencia recobrada? (Y de eso se trata toda *La Recherche*...; de eso y de muchas otras cosas.) Se trata, dice Luz Aurora Pimentel, de un peregrinaje espiritual que ella divide en 5 estaciones: 1. El éxtasis, 2. El “vía crucis” hermenéutico, 3. La revelación sensible: el recuerdo surgido de la memoria involuntaria, 4. La revelación de la esencia y 5. La obra de arte como equivalente espiritual último de la revelación. (El momento más importante, tanto para Marcel como para el lector que tiene que llegar al libro último para entender todo el proceso).

Escribe Proust:

...aislar, inmovilizar —el instante de un relámpago— lo que no se apresa jamás: un poco de tiempo en estado puro... Pero si un ruido, un olor, ya oído o respirado antes, se oye o se respira de nuevo, a la vez en el presente y el pasado, reales sin ser actua-

les, ideales sin ser abstractos, en seguida se encuentra liberada la esencia permanente y habitualmente oculta de las cosas, y nuestro verdadero yo... Un minuto liberado del orden del tiempo ha recreado en nosotros, para sentirlo, al hombre liberado del orden del tiempo. (El tiempo recobrado: 218-220)

“El verdadero yo”, ¿es ese el resultado de la búsqueda, aquello que se había perdido en el tiempo, la felicidad, el goce, la esencia, los momentos efímeros de plenitud que quedaron atrás, condenados a desaparecer del recuerdo?

Como apunta Nestor Braunstein en el Postfacio, Proust, o más bien el narrador, es un exiliado del Paraíso en busca del paraíso perdido pues, como dice el mismo Proust: “los verdaderos paraísos son los paraísos que hemos perdido”. Y señala Braunstein: “Él es, en todo sentido, un habitante de las fronteras, un antropólogo de sí mismo y un investigador de su “persona”, que llega, por medio de la escritura, al conocimiento de ciertas leyes que rigen la subjetividad” (416). El anclaje del tiempo, lo que le da estructura, es entonces para Proust el arte: la música, la pintura, la escritura... y su objeto estético es la subjetividad individual. El arte que busca expresar, darle forma a lo que la autora llama “el correlato subjetivo”: “[...] una dimensión metafórica, simbólica o mítica que nos ofrezca el equivalente de la *intensidad*” del sentimiento vivido, independientemente de su mayor o menor correspondencia con la realidad exterior” (389).

No puedo explicar aquí cómo lo hace Proust ni en qué consiste cada etapa, cada estación en este proceso de búsqueda, de escritura y también de lectura. Es necesario leer el libro de Luz Aurora Pimentel, y el de Proust (por supuesto), para poder empezar a entenderlo. Y en el caso de *La recherche...* no es posible leer sólo el último libro, *El tiempo recobrado*, donde se recapitula y se resignifica el mundo narrado, puesto que no serviría de nada, no se entendería el final sin haber peregrinado por los otros libros, por el tiempo transcurrido desde las primeras palabras hasta la última, las últimas: “el tiempo”.